

Editorial

Investigación clínica y publicaciones en cáncer en Latinoamérica

En 1992, la solicitud de ingreso a la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos por el astrónomo Carl Sagan fue rechazada. Sagan, el científico más famoso de este país y uno de los más aguerridos defensores de la ciencia a nivel mundial, desarrollaba una incansable actividad de divulgación. Dos años más tarde, la Academia lo honró con la Medalla al Bienestar Público. Con este hecho, Sagan derrotó dos grandes prejuicios, que circundan a los científicos que eligen comunicar los resultados de sus investigaciones: la idea de que quien lo hace desperdicia tiempo de su verdadera tarea, la investigación; y la premisa, de que los investigadores no saben nunca hacerse entender (1-4).

La investigación científica es el medio para demostrar el grado de progreso de una sociedad. Durante la década de los noventa, el promedio estimado de investigadores potenciales en América Latina y el Caribe fue de 746.000, cifra que representó el 4,28% del total mundial y el 36,3% de los existentes en los países en vía de desarrollo, en contraste, América del Norte concentró el 30% de este recurso a nivel global (5). Para este periodo de tiempo, solamente se ubicaron 11.759 científicos potenciales por cada millón de habitantes, lo que situó a nuestra región por debajo de la media mundial, siendo ligeramente superior a la proporción encontrada en los países en vía de desarrollo, e infinitamente menor que las medias correspondientes a los países industrializados. Este informe atrajo también la atención sobre las limitaciones en cuanto a la producción científica.

Para ese periodo de tiempo, la región concentró el 6% de las publicaciones periódicas; además de baja, la producción estuvo caracterizada por una gran heterogeneidad. Por ejemplo, en Perú y Ecuador, había un artículo publicado por cada 54 investigadores, mientras que en Chile, se encontró un manuscrito por cada 4,2 habitantes. Desde la óptica económica, y sólo como ejemplo, se puede mencionar que en Costa Rica, se requería de 90.000 dólares por autor para publicar un manuscrito en una revista internacional, mientras que en Ecuador, esta cifra superó los 800.000 dólares (6).

La ciencia no es solo la búsqueda de conocimiento, es sobretodo un instrumento que el hombre intenta potenciar para mejorar la realidad externa y algunas condiciones específicas de vida. El trabajo del investigador es idear, innovar y producir conocimiento. El mejor indicador de la eficacia de sus actos esta representado por el número de publicaciones en revistas especializadas indizadas y por el índice de citación o de impacto de las mismas (1).

Históricamente, algunos investigadores han buscado divulgar el conocimiento. Galileo fue uno de ellos y la Iglesia nunca le perdonó el hecho de haber escrito en idioma vulgar, en lugar de hacerlo en el latín más culto. Durante el siglo XIX se hizo importante la difusión del conocimiento; a partir de 1826 y por 20 años, Michael Faraday, en The Royal Institute, realizó cada tarde de viernes, una conferencia en la que se presentaban los últimos adelantos de la ciencia. Durante el siglo XX, los científicos fueron menos intrépidos; en 1938, Lancelot Hogben, buscando no perjudicar su nombramiento como Fellow de la Real Sociedad de Ciencia, prefirió pedir a su colega Hyman Levy, fingir ser el autor del libro, *Mathematics for the Million*, que posteriormente se convirtió en un Bestseller internacional. Solo hasta la década de los 80's hubo un retorno al interés por la divulgación del conocimiento. (2). Hoy, instituciones como The Research Council en Londres, invitan a sus investigadores a publicar los resultados de su trabajo, indicando la divulgación como un deber. (3).

En los países en vía de desarrollo la situación es diferente. El deseo de hacer conocer los resultados de las investigaciones, es una exigencia absolutamente natural, que aunque silenciosa, abruma a la gran mayoría de los investigadores. Muchos temen que tras la publicación de los resultados, su trabajo se les "escape de las manos". Hoy, la gran mayoría de nuestros países mantienen una gran dependencia científica de las naciones desarrolladas, fundamentada principalmente en la indiferencia de la comunidad internacional hacia las investigaciones y publicaciones del tercer mundo. (7). La producción generada en los países en vía de desarrollo se encuentra registrada en revistas

de escaso valor, lo que hace difícilmente difundible su contenido a través de los monopolios mundiales de la información. (8-10).

El riesgo de no publicar es muy alto ya que en la actualidad, quien no está bien representado en la arena pública está en riesgo de perder la voz, los recursos, la confianza e incluso algunas veces la libertad. Aun cuando en la región existe una cantidad considerable de publicaciones seriadas editadas localmente (más de 6000 revistas), de las que aproximadamente el 10% están dedicadas a materias médicas, biológicas o a aspectos relacionados con esta. (9,10). En el área de la oncología, únicamente se encuentran 12 publicaciones relacionadas, de estas, *Clinical and Translational Oncology* y *Acta Oncológica Brasileira* están incluidas en las principales bases de datos internacionales. La primera, es la publicación de la Federación de Sociedades Españolas de Oncología (FESEO), constituida por cinco sociedades oncológicas españolas (ASEICA, AERO, SEOM, SEOP y SEOQ), y del Instituto Nacional de Cancerología de México (INCAN); y la segunda, es la revista de la Sociedad Brasileira de Oncología. Las otras revistas son: la *Revista Colombiana de Cancerología*, la *Revista del Instituto Nacional de Cancerología de México*, la *Revista Argentina de Cancerología y Oncología Clínica*, la *Revista Brasileira de Cancerología*, la *Revista Venezolana de Oncología*, la *Revista Acta Cancerológica del Perú*, la *Revista Chilena de Cancerología y Hematología*, la *Revista Ecuatoriana de Cancerología*, la *Revista Cubana de Cancerología y Hemoterapia* y la *Revista Costarricense de Cancerología*. Estas revistas son el vehículo de comunicación científica entre los miembros de la comunidad oncológica de la región.

Es maravilloso traspasar las fronteras (también humanas) de la propia especialización y compartir con otros la pasión de la vida propia, y lograr hacerlos puede ser una fuente de gran satisfacción personal. Divulgar los resultados de la ciencia ayuda a hacer conocer el valor del pensar científico y de la racionalidad para afrontar problemas, incluso aquellos en los que la ciencia no tiene nada que hacer. No es difícil saber, pero si lo es, saber hacer uso de lo que se sabe.

Referencias

1. Bordese C, Predazzi E. Cuore e motore della ricerca. Torino: International School of Advanced Study. 2004. p. 21
2. Carrada G. Comunicare la Scienza. Kit di sopravvivenza per ricercatori. Torino: Sironi Editore; 2005. p. 5.
3. Research Councils UK. Dialogue with the public: Practical guidelines. London: People Science & Policy Ltd & Taylor Nelson Sofres. 2002. p. 17.
4. Bruto O. Ciencia perdida en el tercer mundo. *Revista Ecuatoriana de Neurología* 1995;3:41-42.
5. Grant, J. Opening session, world summit on medical education. *Med Educ* 1994; 1(suppl):11.
6. Mendoza-Vega J. Ciencia, investigación, publicaciones y países en vía de desarrollo. *Tribuna Médica* 1998;1:245-246.
7. Sabbaj J. La investigación en Latinoamérica. *Candean Actualidades Terapéuticas* 1995;1:4-5.
8. Garfield E. Análisis cuantitativo de la literatura científica y sus repercusiones en la formulación de políticas científicas en América Latina y el Caribe. *Bol Of Sanit Panam* 1995;118(5):448-456.
9. Sánchez TH. Actualidad y relevancia de las publicaciones médicas. *Candean* 1995; 1:3-4.
10. Benites J. Aptitud ante la crisis. *Revista Ecuatoriana de Medicina Crítica* 2000; 1:101-102.
11. Brooks A. Evidence based oncology project. *Surg Oncol Clin N Am* 2002;11(1):3-10.
12. Paakenham-Walsh N, Priestley C, Smith R. Acceso a la información médica requerida en los países en vías de desarrollo. *BMJ* 1997;3:54-55.
13. Kale R. Health information for the developing world. *BMJ* 1994; 309:939-942.

Andrés Felipe Cardona

Editor Ejecutivo, Revista Colombiana de Cancerología

Diana Esperanza Rivera

Coordinadora Grupo Políticas, Legislación y Movilización Social, Instituto Nacional de Cancerología E.S.E.